

Acceso a los manuscritos de Jaime Bonet

Fuente de unos Ejercicios predicados a dirigentes VD (1981)



Texto 19. Amar al prójimo como a mí mismo¹

I. Meditación

1. Mi primer prójimo soy yo mismo

La Revelación², Sagrada Escritura, nos marca distintos grados de amor al prójimo, cuyo «primer prójimo» soy yo mismo. Se va siendo, haciendo. Soy a la medida y con la medida que ame y según la medida y calidad de mi amor. Si no amo según Dios me voy desnutriendo y me atrofia: Si amo según el mundo, corrompo el amor de Dios, me hago esclavo de los hombres, egoísta, como un drogadicto del amor del mundo. A medida que forme en mí la imagen de Dios, la proyectaré en los demás. Solo el amor de Dios es efectivo, beneficia a los hermanos. Toda otra cosa que llaman amor es adulterado, intoxica y mata. Si fuera muy humilde podría aconsejar más allá de lo que vivo. Pero así y todo no podré amar más allá del amor que vivo. Y solo el amor es vida³.

2. Amar al prójimo como a mí mismo presupone el primer mandamiento

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley? Él le dijo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente (y con todas tus fuerzas). Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas”» (Mt 22,36-40). En este segundo mandamiento me manda Dios amarme a mí mismo. Sigue este precepto al primer mandamiento y supone cumplimentado el primero. Supuesto el amor de Dios en mí, en todo mi ser: mente, corazón, alma y fuerzas, preciso⁴ dejar que este Amor, que solo de Dios viene, me constituya como constituye a Dios y es la esencia del mismo Dios. Cuando este amor de Dios me constituye, me forma e informa, me plenifica y desarrolla, me vive y me hace semejante a Él, su actividad y dinamismo en mí me proporcionará los dones y frutos propios de Dios, siendo el primer fruto el Amor. Es el primer fruto del Espíritu, del nuevo ser en mí, del amor de Dios en mí, como corresponde a hijo de Dios, «participante de la misma naturaleza divina» como veíamos en 2P 1,4: por cuya participación el Padre me engendra con todo su amor:

3. Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve

«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ilo somos!» (1Jn 3,1). Solo con este amor y desde este amor, yo debo amar y solo así puedo amar, propiamente al prójimo, puesto que «el amor viene de Dios» (1Jn 4,7). Este amor de Dios en

¹ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9a, pp 68-70. Siete Aguas, 4 septiembre 1981. Tema retomado de la tanda de Ejercicios anterior, correspondiente al 8 de agosto de 1981. Las segmentaciones del texto y notas del editor se indican con la letra redonda, mientras la letra cursiva se reserva para el texto de Jaime Bonet tal como consta literalmente en su *Manuscrito*. En las notas se indica con exactitud el inicio de cada página del *Manuscrito* y algunas variantes útiles para la edición crítica.

² Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9a, comienzo de la página 68. Encabezado: Amor. Grados de amor al prójimo. Primer grado de amor al prójimo: Amar al prójimo como a mí mismo.

³ Texto escrito en margen, p 68.

⁴ Añadimos: preciso.

mí, que es difusivo de sí mismo, que es universal y que, siempre activo y dinámico, no puede no amar; si no se propaga se apaga, pues «el que no ama permanece en la muerte» (1Jn 3,14). Por esto, la prueba que el amor de Dios invisible está en nosotros es el amor visible, la presencia del amor, que se experimenta visiblemente al aplicarse al prójimo, porque se ve y se experimenta.

Por esto dice san Juan: «A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece⁵ en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1Jn 4,12). «Nosotros amemos, porque él nos amó primero. Si alguno dice: “amo a Dios” y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1Jn 4,19-21). «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (1Jn 3,14). Mas, ¿cómo sabemos que amamos de verdad a los hermanos? Pero «en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Pues en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos» (1Jn 5,2-3).

4. Sin el amor de Dios en nosotros no podemos amar al hermano

Con lo cual, podemos concluir que la prueba del amor a Dios es el amor a los hermanos, que sin el amor de Dios en nosotros, no podemos amar al hermano y que la prueba más segura de que amamos a Dios está en el cumplimiento de sus mandamientos. «Sus mandamientos -dice Juan- no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1Jn 5,3-4). Por esto, es una vida de fe, una comunidad de fe que trasciende el amor humano. Es sobrehumano, sobrenatural. Es el amor fruto de la fe viva, «no de palabra o de boca, sino con obras y según la verdad» (1Jn 3,18), el amor práctico que nace no de carne y de sangre, sino de la fe con obras.

«Pues todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a aquel que da el ser, ama también al que ha nacido de él» (1Jn 5,1). Y este es el mandamiento de Dios: que amemos al prójimo con este mismo amor de Dios en nosotros con que nos amamos a nosotros. Este amor que nos da el ser y que da el mismo ser a todos y cada uno de los hombres. Por esto «todo hombre es mi hermano», porque ha recibido mi mismo ser, que es el Amor-Vida de Dios. Por lo mismo, si no amo, es que no poseo este Ser-Amor, hombre nuevo y, por esto, estoy en la muerte, pero también soy asesino, por negar el ser al hermano (cf. 1Jn 3,14-15).

5. Despertar en mis hermanos cuanto deseo para mí

El mismo amor⁶ en mí y en el hermano, que nos constituye a ambos, debe producir frutos semejantes. Por lo mismo, debo amarlo como a mí mismo. Es decir, desear para el prójimo los mismos beneficios y frutos que a mí me dicta, me promete y me da el amor de Dios. Lo mismo que Dios quiere en mí, debo quererlo de verdad para mi hermano, ya que en Dios no hay acepción de personas y todos somos iguales, hermanos a los ojos de Dios. Es por lo que, cuanto quiero para mí a los ojos de Dios, no a los de carne y sangre y no a los del mundo, debo querer y procurar para todos y cada uno de mis hermanos de todo el mundo. De no quererlo y hacerlo así, ya no tendría en mí el Amor de Dios. «¿Cómo podría -dice Juan- permanecer en mí el amor de Dios?» (cf. 1Jn 3,16-19).

Por esto, cuanto deseo para mí, debo desearlo para mi hermano y cuantas aspiraciones me movieren en la línea de amor de Dios, debo aspirar a despertarlas en mis hermanos. Es decir, amar al prójimo como a mí mismo con todas las consecuencias, metas y

⁵ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9a, comienzo de la página 69.

⁶ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9a, comienzo de la página 70.

concreciones que dimanen de Dios para todo hombre, hijo suyo, con todos los derechos y deberes que derivan de tal filiación, que nos hace herederos suyos y coherederos de Cristo, ahora y en toda la eternidad.

II. Prolongación de la meditación

«Amar al prójimo como a ti mismo». El hombre, por el bautismo, sea como sea, tiene fundamentalmente los derechos y deberes que tengo yo. «La exigencia sin amor, me envilece. El amor sin exigencia me entristece. El amor con exigencia me enaltece». Hacedis discípulos de todas las gentes. Inconformista hasta que mi hermano sea Cristo. No voy a exigir que sea sacerdote, religioso o casado. Pero sí trataré de exigirle que sea otro Cristo. No que predique, que estudie, etc., pero sí la imitación de Cristo lo más de cerca posible. El amor al prójimo como a mí mismo, imprime un inconformismo y exigencia, interés e inquietud en todo el apostolado.

III. Pautas de oración-reflexión-diálogo

1. ¿Qué valor doy al mandamiento de amar al prójimo como a mí mismo?
2. ¿Experimento la estrecha relación entre el primer y segundo mandamiento?
3. ¿Puedo concluir que la prueba del amor a Dios es el amor al hermano?
4. ¿Qué consecuencias tiene para mí el que «todo hombre es mi hermano»?
5. ¿Ayudo a despertar en mis hermanos su vocación y misión de amar así?

IV. Recuerda...

«Se va siendo, haciendo».

«Soy a la medida y con la medida que ame, y según la medida y calidad de mi amor».

«No podré amar más allá del amor que vivo».

«En este segundo mandamiento me manda Dios amarme a mí mismo».

«Este amor de Dios en mí, que es difusivo de sí mismo, que es universal y que, siempre activo y dinámico, no puede no amar».

«La prueba que el amor de Dios invisible está en nosotros, es el amor visible».

«Si alguno dice: “amo a Dios” y aborrece a su hermano, es un mentiroso».

«La prueba del amor a Dios es el amor a los hermanos».

«Cuanto deseo para mí, debo desearlo para mi hermano».

«Cuántas aspiraciones me movieren en la línea de amor de Dios, debo aspirar a despertarlas en mis hermanos».